

que se mandó á los israelitas que ántes de recibir á una mujer extranjera se la rayera el pelo y las uñas, dice así: «Itaque et nos... quando philosophos legimus, quando in manus nostras libri veniunt sapientiæ sæcularis, si quid in eis utile reperimus, ad nostrum dogma convertimus: si quid vero superfluum de idolis, de amore, de cura sæcularium rerum, hæc radimus, his calvitium inducimus, hæc in unguium morem ferro acutissimo desecamus.» El mismo consejo da San Agustín; y San Basilio es entre todos quien mejor ha enseñado en su preciosísima homilía *Ad adolescentes*, la cautela y recto fin con que han de leerse los autores paganos: «Quidquid in eis utile fuerit carpentes, cognoscatis quid etiam contemni oporteat.» Estos son los dos puntos, en que divide su bella composición (1).

Aun con todas estas precauciones deben ser muy sóbrios en esa lectura los que apenas tendrán el tiempo necesario para estudiar las Sagradas Letras; y aquí es oportuno recordar lo que decía San Jerónimo al referir el terrible castigo que habia sufrido por su excesiva afición á los escritos clásicos del paganismo: «Quid facit cum Psalterio Horatius? cum Evangeliiis Maro? cum Apostolo Cicero?»

Infiérese de cuanto dejamos expuesto que el orador cristiano puede encontrar mucho de bueno para el acer-

(1) Oigamos al mismo Bossuet cómo dirigia al Delfín en la lectura de los clásicos paganos: «In his vero, auctoribus perlegendis, nunquam ab instituto nostro discessimus, quo pietatem simul, morumque doctrinam, ac civilem prudentiam traderemus. Gentilis theologiæ religionisque fabulas et infanda mysteria, documento esse quam alta calligine per sese homines mersi degerent; politissimas quasque gentes, ac civilis sapientiæ consultissimas, Aegyptios, Græcos, Romanos, easdem in summa rerum divinarum ignorantia versatas, absurdissima portenta coluisse; neque ex his unquam nisi Christo duce emersisse; hinc veram Religionem, divinæ gratiæ totam esse tribuendam... Moralem vero doctrinam non alio ex fonte quam ex Scriptura, Christianæque Religionis decretis, repetendam, ostendimus; neque committendum, ut qui pleno flumine irrigari possit, turbidos rivulos consecetur. Neque eo secius Aristotelis moralia persecuti sumus, quibus ad junximus Socratica illa mira et pro tempore sublimia dogmata, quæ et fidem ab incredulis, et ab obduratis ruborem exprimerent. Interim docebamus, quid in horum decretis christiana Philosophia reprehenderit, quid addiderit; probata vero, qua auctoritate firmarit, qua doctrina illustravit, ut philosophicam gravitatem tantæ sapientiæ comparatam, meram esse infantiam confiteri oporteret.» (Bossuet, en su carta á Inocencio XI, que se encuentra en el tomo primero de su *Politica sagrada*; París, 1714.)

tado desempeño de su ministerio en los escritos profanos, y aun en los del paganismo, y fué discreto y loable el uso que de estos últimos hicieron los Santos Padres; pero en esta parte no estamos obligados á seguir su mismo camino, porque no son las mismas las circunstancias de estos tiempos y las de aquéllos; por tanto, debemos ser sóbrios en esa lectura y sumamente parcós para citar en el púlpito pasajes de los libros paganos; además de esto añadiremos que la juventud no debe aventurarse á tales estudios sino bajo la dirección de virtuosos y discretos profesores. Con gusto copiaríamos aquí, si no fuese larga, la historia que refiere San Juan Crisóstomo de un jóven educado por un sábio pedagogo; pues en ella aprenderian los jóvenes el interés y asiduidad con que deben aplicarse á la práctica de la virtud y al estudio de la palabra divina, y cuán secundario es para ellos, aunque no les está prohibido, el estudio de la literatura y elocuencia profanas. «Tempus autem omne lectione Sanctorum Librorum transigebat. Cum enim acri ad disciplinas ingenio esset, externæ eruditioni modicam diei partem, insumebat, reliquum vero temporis precibus frequentibus librisque divinis deputabat.»

## LECCION X.

### De la rectitud de intencion.

La palabra INTENCION, derivada del verbo latino INTENDERE, significa la voluntad deliberada de conseguir algun fin: aquí se combinan la atención del entendimiento á un objeto, y la voluntad efectiva de conseguirle: la intencion que no se aparta del fin, filosóficamente hablando, es recta; la que se desvía de él se llama torcida: en el primer caso, el hombre procede con acierto y alcanza su fin, si causas exteriores no lo impiden; mientras que en el segundo las operaciones son desconcertadas, y no puede llegar al fin propuesto; del mismo modo que el caminante extraviado no puede arribar al término de su viaje si no entra de nuevo en la senda que conduce á él.

El que se dedica al ministerio de la predicacion debe reflexionar sobre esta doctrina, que no por ser tan clara y sencilla carece de mucho interés; pues, como dice el

Evangelio (1) y expone San Agustín, si la intención es á las operaciones del alma lo que al movimiento del cuerpo son el ojo y la luz, claro está que así como serían inciertos y peligrosos los pasos del hombre privado de vista ó de luz, del mismo modo sería desconcertado el proceder del predicador cuya intención no fuera promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, último fin de la predicación evangélica, según San Pablo (2). Este desconcierto, no sólo es lamentable porque puede malograr el fruto de la predicación, sino que además es reprehensible y vergonzoso para el predicador, que, llamado á cooperar á un fin elevadísimo con el mismo Dios, «*Dei enim sumus adjutores* (3);» se aparta, digámoslo así, de su compañía, y le abandona en el camino torciendo su intención á objetos perecederos, y aéreos las más veces; pues cosas aéreas son, dice el Crisóstomo, los aplausos de los oyentes: «*Applausus ex ore simul egreditur, et in ærem diffusus interit;*» que es, según los Santos Padres, el escollo más peligroso para el orador cristiano.

Examinemos con la detención que merece dónde está y en qué consiste ese gran peligro, y encontraremos que procede de la índole de la vanagloria y de la naturaleza de la predicación; seguiremos en este exámen la doctrina de Santo Tomás, el mejor maestro que podríamos consultar.

La gloria, dice con San Agustín, es cierta claridad y decoro que adorna al hombre como resultado de la manifestación de sus dotes y buenas obras, y del juicio favorable que en vista de las mismas forman de él los demás. «*Unde gloriari idem est, quod clarificari.*» El amor de nosotros mismos, y por consecuencia el amor de la gloria, es natural y legítimo; pero se hace ilegítimo desde el momento en que deja de ser moderado por la recta razón; lo cual acontece respecto al amor de la gloria cuando nos gloriamos de lo que no es digno de alabanza, ó nos complacemos en las alabanzas injustificadas, y especialmente si el apetito de la gloria no se dirige y termina en su último fin, que es el honor de Dios y la salud del prójimo. «*Tertio ex parte ipsius qui gloriam appetit, qui videlicet appetitum gloriæ suæ non refert in debitum finem, puta,*

(1) San Math., vi, 22, 23.—San Luc., xi, 34, 35, 36.

(2) I ad Corinth., i, 21.

(3) I ad Corinth., iii, 9.

ad honorem Dei, vel proximi salutem.» En estos casos el amor de la gloria degenera en amor de la vanagloria; porque no se ha guardado la medida que guardaba y recomienda San Pablo, ni se ha cumplido lo que Jesucristo prescribe en esta materia (1). No es de extrañar, pues, que el amor de la vanagloria se deslice tan suave é insensiblemente en el corazón humano, siendo aquel el desvío de un amor tan legítimo, tan fuerte y connatural al hombre como es el amor de sí mismo moderado por la recta razón.

Observa el Crisóstomo que la tentación de la vanagloria y el peligro de caer en ella crecen en el ministro de la predicación; porque no debiendo apartar su vista de Dios, está obligado al mismo tiempo á predicar de manera que sea y se haga agradable á sus oyentes, teniendo por lo mismo que marchar constantemente entre dos grandes escollos; si se deja llevar del excesivo deseo de agradar, en vez de conducir á sus oyentes, se hace esclavo de sus caprichos; si con austera independencia no cuida de agradar, se le oye sin placer ó no se le oye, y la predicación resulta inútil para muchos: necesita, pues, de mucha magnanimidad para marchar con fortaleza, procurando lo uno y lo otro, y evitando ambos escollos. No en vano dice San Gregorio Magno que la tentación de la vanagloria es un enemigo insidioso que acecha al orador, sucediendo á menudo que quien comienza con recta intención, decae insensiblemente y concluye como no pensaba: «*Cumque placere mens utiliter studet, ad amorem laudis propriæ turpiter defluit... cumque propositæ utilitatis intentio ad studia privata deducitur, horrendo modo unum idemque opus culpa peragit, quod virtus inchoavit. Sæpe et ab ipsis exordiis aliud cogitatio expetit, aliud actio ostendit.*»

Los Santos Padres tuvieron frecuentes ocasiones, y aún se vieron obligados á tratar esta materia predicando á los fieles. Acostumbrados los paganos á aplaudir á sus falsas deidades en las fiestas que les dedicaban, convertidos ya al Cristianismo, aplaudían estrepitosamente á los oradores cristianos, creyendo que con esto daban una prueba de religión y piedad: arraigóse tanto esa indecorosa costumbre, que fué necesario el perseverante celo

(1) I ad Corinth., i, 31.—II, cap. x, 17.—Math., v, 16.

de los Prelados y el trascurso de algunos siglos para que desapareciera de las Asambleas cristianas. Los Santos Padres procuraban inculcar en el ánimo de sus oyentes que la reforma de sus costumbres eran los verdaderos y únicos aplausos á que aspiraban, y reprendían enérgicamente á los intempestivos aclamadores.

La elocuencia sin igual del Crisóstomo y el gran número de sus oyentes, que, según él mismo dice, llegaron en ocasiones á cien mil, hicieron que fuese quien, entre todos los Padres de la Iglesia, recibiera mayores aplausos; y á esto sin duda es debido el que ningún otro Padre se haya ocupado tan detenidamente, y con tanta copia de razones como él, en combatir el abuso de las públicas aclamaciones y en explicar cuál debe ser respecto á la divina palabra la intencion y el espíritu del que la predica, y las disposiciones con que los fieles deben oirla. Lean los jóvenes las elocuentes lecciones del Santo Doctor; y si éstas no fueran suficientes para hacerles comprender la necesidad y la obligacion de rectificar y purificar su intencion, muévalas siquiera la consideracion de las amarguras que devoran el corazón del orador cristiano que tiene la debilidad de ambicionar el aura popular.

Nadie ha expuesto esos disgustos con tanta verdad y elocuencia como el mismo San Juan Crisóstomo: «Esta ambicion, dice, impone desde luego al orador un trabajo impropio en sus composiciones, porque nada le parece bastante para agradar; pero tenga por cierto que, aun cuando sea consumado en la elocuencia, lo cual es mucho suponer, no siempre será elogiado; unas veces á causa de la ignorancia de los oyentes, otras por la injusticia de los mismos, y tambien porque respecto á los que sobresalen en la oratoria el público tiene exigencias que nadie puede satisfacer: empeñado en considerar al orador más como un ángel que como un hombre, olvida que como tal es imposible que se mantenga siempre á una misma altura, y nunca piensa en que un disgusto imprevisto, una pasion de ánimo, una enfermedad, un recargo de ocupaciones y otros mil accidentes de que el hombre no se puede librar, hacen que el orador se muestre en muchos casos inferior á su fama y entónces, en vez de aplausos, viene la crítica, quizás la burla, ó por lo ménos el silencio, que es un tormento insufrible para el amador de la vanagloria.» «Gehenna ipsis gravius et onerosius est tale silentium.» ¡Ay del orador combatido por tan violentos y en-

contrados sentimientos! ¡Tan imposible es que su corazón no zozobre, como que la mar esté siempre tranquila! «Neque mare unquam potest fluctibus carere, neque illius animus sollicitudine et mæstitia.» Y el orador que inflamado por el amor de Dios y en su santo nombre pudiera y debiera mover y arrebatarse el corazón de sus oyentes, oprimido y tiranizado por la pasion de la vanagloria, ahoga en su germen la vida de la elocuencia.

No queremos por cierto condenar absolutamente en el orador el deseo de agradar, puesto que sería condenar un medio de cumplir con su deber. San Agustín nos ha dicho que oía á San Ambrosio, atraído, no por la doctrina que predicaba, sino por la dulzura de sus palabras, y de esta dulzura se sirvió Dios para hacer penetrar la verdad en aquella grande alma: lo que queremos, con San Gregorio Magno es que el predicador procure agradar para que la palabra de Dios fructifique; pero que no convierta en favor suyo el agrado de los fieles, dice Santo Tomás: «Quod fit dum aliquis sic loquitur quod auditores delectet, quod non debet aliquis querere propter favorem suum, sed ut homines alliciantur ad audiendum verbum Dei.» Así se entiende perfectamente cómo el Apóstol dice unas veces que procuraba en el ejercicio de su ministerio hacerse agradable á todos, y en otras exclamaba: «Si yo agradase á los hombres no sería siervo de Cristo (1).»

Guardar este justo medio es difícil; San Juan Crisóstomo, antes de ser ascendido al sacerdocio, lo consideraba como superior á sus fuerzas; encargado de la predicacion, nadie se vió tan cercado como él por la vanagloria; nadie la menospreció con tan noble independencia y nadie fué tan elocuente. San Agustín sintió los estímulos de esta insidiosa tentacion; temblaba ante el peligro de caer en ella, pedía á sus oyentes que con sus oraciones le alcanzasen de Dios las fuerzas para vencerla, oraba él mismo al intento, y recomendaba al orador cristiano la oracion como medio necesario para el fiel y acertado desempeño del ministerio.

Lean los jóvenes los pasajes de los Santos Padres que, como comentarios de esta leccion, copiaremos y citaremos en otro lugar: comparen con ellos el tan celebrado sermón *De la palabra divina*, predicado por Masillon, y

(1) I ad Corinth., x, 33.—Ad Galat., i, 10 y 11.

conocerán desde luego el gran partido que sacó el orador francés de la doctrina y de las formas que se encuentran en los lugares cuya lectura recomendamos.

Jóvenes levitas: cuando la Iglesia os encomiende el grave ministerio de la predicación, no apartéis vuestra vista de esos grandes modelos, ni echeis en olvido sus interesantes lecciones; y ahora no creais que, distraídos de nuestro objeto, en vez de lecciones de elocuencia, os damos consejos de piedad cristiana. ¡Ah! Nunca serian ajenos tales consejos de vuestra virtud ni de nuestro ministerio sacerdotal; pero aquí, no lo dudeis, son tambien preceptos del arte, porque si la piedad vale para todo, como ha dicho el Apóstol, sabed que nunca sereis buenos oradores si, como él mismo encargaba á Timoteo al enseñarle á predicar, no os ejercitais en la piedad: «Exerce autem te ipsum ad pietatem (1).» Muy pronto nos reemplazareis en la cátedra del Espíritu Santo; oid ántes los consejos de nuestra experiencia; el ministerio de la predicación es laborioso, laboriosísimo; nada, absolutamente nada hay en el mundo que pueda recompensar sus trabajos y fatigas. Predicad, os diré con San Juan Crisóstomo, segun la voluntad de Dios; «ad Dei placitum:» sólo así honrareis vuestro ministerio, conservando la serenidad del alma y la paz del corazón, sin cuyas condiciones no podreis ser elocuentes, y encontrareis la recompensa de vuestras fatigas y el mayor de los consuelos en el testimonio de vuestra conciencia: «Laborum quidem solatium illud satis erit, omniumque maximum, si conscius sibi fuerit, se ad Dei placitum doctrinam concinnasse suam.» Alentaos con la esperanza de aquella gloria imperecedera que está reservada al que HICIERE Y ENSEÑARE (2); y respecto á la que viene de los hombres... ¡ah! si nos fuera lícito hablar otro lenguaje después de la sublime doctrina que acabamos de exponer, os diríamos: ¿Buscáis la gloria? Pues habeis errado el camino; para encontrarla es preciso huir de ella; que la gloria, dice San Jerónimo, es como la sombra; escapa de quien la busca y sigue al que se aparta de ella: «Quæ virtutem quasi umbra sequitur, et appetitores sui desserens, appetit contemptores...»

(1) I ad Timot., iv, 6, 7, 8.

(2) San Math., v, 19.

## LECCION XI.

### De los asuntos sobre que debe versar la predicación.

El predicador que no procede con recta intencion, marcha á ciegas y yerra el camino desde los primeros pasos, eligiendo asuntos que halagan á sus oyentes y descuidando los que les serian útiles ó necesarios para su aprovechamiento espiritual. Quintiliano dice que el orador debe cuidar, ante todas cosas, de que el deseo de la presente alabanza no le retraiga, como sucede á los más, de atender á la utilidad de la causa (1): el amor de la vanagloria enerva nuestra alma, segun el Crisóstomo, y nos esclaviza á los caprichos del auditorio, en lugar de combatirlos: «Et nos frigidè ac misere vestros affectus sequimur quos excindere oporteret.» Somos como los padres que dan á sus hijos enfermos golosinas nocivas, en vez de medicinas amargas, pero saludables; y continúa diciendo: «Hoc et nos facimus dum elegantem orationem frustra quærimus, harmoniamque, ut placeamus, non ut prossimus; ut admirationi habeamur, non ut doceamus; ut oblectemur, non ut compungamur; ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus.»

Tales predicadores se buscan á sí mismos, y no á Jesucristo: «Quæ sua sunt quærun, non quæ sunt Jesu-christi (2).» Pues el que, buscando á Jesucristo, quiera promover la gloria de Dios y la santificación de las almas, predicará la grandeza del Señor, sus perfecciones y divinos atributos, los misterios augustos de nuestra santa Religion, la Vida, Pasión y Muerte del Salvador; inculcará y fomentará en el ánimo de sus oyentes la esperanza de la gloria, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, y, descendiendo á la vida práctica, deducirá, como consecuencia de verdades tan fecundas y saludables, la necesidad de practicar la virtud y de huir del vicio (3); los dos polos sobre que debe girar la predicación evangélica, á juicio de San Ambrosio: «Admone igitur plebem Domini,

(1) Lib. xii, cap. ix, n. 1, tomo ii, pág. 395.

(2) Philip., ii, 21.

(3) Véase el Conc. Trid., ses. v, cap. ii, *De Reform.*—Concilio V Lateranense, ses. xi.—Labbé, xix, fol. 944. Venecia, 1732.